

Jáuregui tiene aviso de esta denuncia; duda, nada teme, sus deudos le aconsejan la fuga; pero era ya tarde: una gavilla de soldados se apodera de él y maniatado es conducido á Tacubaya. No se le pregunta siquiera su nombre; es llevado al matadero, y cae fusilado como los otros.

¿Cual era su delito? ¿De que se le acusaba? Nadie lo sabe.

VI.

Entre los prisioneros estaba D. Manuel Mateos, jóven de veinticuatro años, que hace un año se recibió de abogado, y tenia felicísimas disposiciones para el cultivo de las letras, habiéndose desde niño dado á conocer por sus poesías, que respiraban un entusiasmo patriotismo y en que cantaba las glorias de nuestros primeros héroes.

Este jóven valeroso, instruido é inteligente, habia combatido varias veces contra la reaccion, hacia pocos dias que, despues de haber sufrido una larguísima prision, se habia incorporado al ejército federal.

Llevado al suplicio, camina sin temblar, indaga quiénes han muerto antes que él: cuando quieren fusilarlo como traidor, se irrita, forcejéa para recibir las balas por delante, y arenga á sus verdugos diciéndoles: que, *los perdóna porque no saben lo que hacen, cuando consienten en asesinar á los que luchan por darles la libertad; hace votos por que su sangre no sea vengada, dice no le aterra la muerte, porque ha cumplido con sus deberes de mexicano, y acepta gustoso el sacrificio de su vida.* . . . Sus palabras son interrumpidas por las balas que le hieren el pecho; un oficial ha tenido miedo de que siga hablando, y le manda hacer fuego antes de tiempo. ¡Mateos cae, y espira victoreando la libertad!

Cuando este jóven fué como voluntario á la campaña de Puebla y estuvo en la batalla de Ocotlán, en medio de la confusion de aquel dia, descubrió á su lado á unos oficiales reaccionarios que estaban perdidos. Mateos se acerca á ellos, les estrecha la mano, los viste con el uniforme de los rifleros, cede á uno su caballo, y así los salva, trayéndolos á México y ayudándoles á ocultarse mientras pueden obtener el indulto. Uno de los oficiales así salvados por Mateos, era ayudante de Haro y Tamariz!

¡Y hombre tan generoso parece así en la flor de su edad sin encontrar un corazon amigo!

VII.

De uno en uno, ó en pelotones mas ó menos numerosos, sigué

la matanza: con cortos intervalos siguen las descargas de los fusiles, y con episodios mas ó menos terribles, mas ó menos patéticos, mueren:

D. Teófilo Rodriguez.
D. Gregorio Esquivel.
D. Mariano Chavez.
D. Fermin Tellechea.
D. Andres Becerril.
D. Pedro Lozano Vargas.
D. Domingo López.
D. José María López.
D. Ignacio Kisser. (Italiano.)
D. Miguel Nerwis. (Italiano.)

Otro italiano cuyo nombre se ignora, y otros mexicanos hasta completar el número de CINCUENTA Y TRES.

Entré estas víctimas se oyen crueles despedidas, gritos de los que pedían un confesor, plegarias dirigidas á Dios, y vítores á la libertad. Algunos habian sido prisioneros, otros no tenían mas culpa que estar cerca del teatro de los sucesos; unos eran artesanos, otros labradores, muchos quedaron con los rostros tan desfigurados, que nadie ha podido reconocerlos.

¡Mártires sin nombre, pero cuya sangre no dejará por esto de caer sobre las cabezas de sus asesinos!

Entre los testigos de esta tragedia, muchos lloraban, y á veces soldados y oficiales, abrazaban á las víctimas. . . .

VIII.

Y no es esto todo. Dos niños venian del interior, y se detuvieron en Tacubaya por no poder entrar á la capital. La curiosidad, propia de su edad, les hizo salir á la calle; eran rubios, y esto bastó para que fuesen conducidos al matadero.

Eran dos hermanos: uno de diez y siete años, y otro de quince, hijos de un americano llamado Smith, y de una señora mexicana. Nada valieron sus protestas de inocencia, nada sus lágrimas, nada sus gritos llamando á su madre. . . . Se les hizo arrodillar, y se les atravezó á balazos. . . . Otro niño de diez años fué hecho pedazos á lanzadas, porque llevaba puesta una blusa.

IX.

Los soldados estaban cansados de asesinar, y sus oficiales creyeron que para un dia eran bastantes cincuenta y tres víctimas, se

propusieron, pues, descansar y continuar su obra al día siguiente. A esta demora deben acaso la vida D. Feliciano Chavarría, profesor de gimnástica, que herido cayó prisionero, y dos ingleses empleados en el ferro-carril, que no tenían mas delito que vivir en Tacubaya. ¿Se les libró de la muerte por piedad? No, no cabe este sentimiento en el alma de Miramon.

X.

Otra víctima destinada al sacrificio pudo escapar. El Coronel Bello arrodillado y cuando le apuntaban los cañones de los fusiles, alzó las manos al cielo y gritó: „alto, tengo que hacer una revelacion al general en jefe.”

Creendo acaso los verdugos que de esta revelacion resultarian mas fusilamientos, suspendieron la ejecucion. Bello entonces se metió entre los soldados, derrivó á dos con los puños, saltó una tápia, se arrojó á una barranca, y desapareció apesar del vivo fuego que le dirigian los tigres que vieron se les escapaba su presa.

XI.

Los que negaron el consuelo de la confesion á los hombres que lo reclamaban antes de volar al seno de Dios, no podian cuidar de los restos de sus víctimas. Tenian algo mas grave de que ocuparse; su entrada triunfal, sus felicitaciones, sus ascensos, sus proclamas, sus acciones de gracias.

Los cincuenta y tres cadáveres quedaron amontonados unos sobre otros, insepultos y enteramente desnudos; porque los soldados los despojaron de cuanto tenían, y de paso saquearon algunas casas. Las madres, las esposas, los hermanos, los hijos de las víctimas acudieron al lugar del trágico acontecimiento, reclamaron á sus deudos para enterrarlos, y se les negó este último y tristísimo consuelo.

A los dos días, los cadáveres fueron echados en carretas que los condujeron á una barranca, donde se les arrojó y donde permanecen insepultos.

En el camino un cadáver cayó de la carreta, se rompió el cráneo contra las piedras y abrió la boca.... Entonces un oficial le disparó un pistoletazo.

Entre tanto Miramon recibia aduladoras felicitaciones por su fuga de Veracruz; Corona proclamaba la pureza y tranquilidad de la conciencia de los reaccionarios; lo que se llama ayuntamiento, dirigido por un D. Mariano Icaza, usurpaba la voz de una poblacion consternada para pedir las fajas de general de division.

para Márquez y Corona; la catedral engalanaba sus torres con colgaduras color de sangre; unas cuantas mugeres, indignas de pertenecer á su sexo y de llevar el nombre mexicano, presentaban á Márquez una banda tambien color de sangre; el cabildo eclesiástico entonaba en las bóvedas de la metropolitana el *Te Deum*, y mandaba decir una misa de gracias, y se verificaba, en fin, la entrada triunfal del ejército, trayendo como trofeos á los prisioneros, á unas pobres mugeres que apedreaba el populacho, y amontonados en carros á los heridos, que unian sus quejidos y lamentos al ruido de las campanas, de los cohetes y de las dianas.

Cuando en Roma se concedian los honores del triunfo á un gran capitán, iban detras de él algunos esclavos gritándole improperios y recordándole sus faltas, para que no se olvidase de que era hombre y no se envaneciera con la victoria. Márquez colocó entre sus sicarios á los heridos, para que sus ayés y sus clamores recordaran al pueblo que el triunfador era hombre sin entrañas, era la lieña, el tigre, el antropófago de Tacubaya!

Para que junto á lo terrible y lo patético estuviera lo grotesco, como en las tragedias de Shakespeare, en la plaza se colocó una casaca y una banda azul, diciendo que pertenecian á D. Santos Degollado; para que la plebe las apedreara y las enlodara, insultando así á un ciudadano, modelo de patriotismo, de probidad y desinterés y denigrando las insignias militares, que otros acababan de hundir en el fango del crimen!

En la noche, la catedral, que rehúsa celebrar los aniversarios de la independenciam, estaba iluminada en señal de regocijo; las casas consistoriales estaban vistosamente adornadas por el Sr. Icaza, y no faltaron casas particulares en que el terror y las amenazas de la policia hiciesen aparecer faroles encendidos! ¡fúnebres antorchas de los asesinatos de Tacubaya! Cuentan algunos viajeros que háy tribus salvajes, que cuando arrancan las cabelleras á sus prisioneros bailan y dan alaridos de gozo en torno de grandes hogueras y luminarias (1).

(1) No há habido en México niuestras de regocijo mas que las mandadas hacer por el clero y el llamado ayuntamiento. La poblacion entera está afligida é indignada. Las personas mas indiferentes á la política están horrorizadas, y desean la ruina de la reaccion. De este deseo participan las mugeres y los niños. La mayoría de la poblacion se negó á iluminar los balcones. Médicos ha habido que se han negado á curar á los heridos reaccionarios, diciéndoles: que no pueden asistir á los que asesinan á sus compañeros, y reputan como delito los auxilios de la ciencia. Algunas señoras han arrojado de sus casas á los militares que refieren las proezas de Miramon. Otras, sin poder contenerse, han llamado hipócritas y asesinos á los gefes que conducian á los heridos en la entrada triunfal, y han querido entrar á estos desgraciados. En la juventud estúdiosa reina la mayor indignacion. Escribimos esta nota, para que ni en los Estados ni en el Estrangero se crean las narraciones de los diarios que pintan á esta capital llena de júbilo en los días de los asesinatos. Estos miserables escritores con esta falsedad, hacen un nuevo insulto á los habitantes todos de México. D. Severo Castillo ha dado su dimision de la cartera de Guerra y de su empleo de general

El clero que con estas muestras de gozo prepara su espíritu para celebrar la pasión y muerte de Cristo, ¿qué ha hecho con las víctimas? ¿Por qué las deja insepultas? ¿Por qué no pide para ellas un puñado de tierra? ¿Por qué se olvida de que es obra de misericordia enterrar á los muertos? ¿No han llegado á sus oídos los gritos de angustia, de congoja de los que clamaban por un confesor? ¿Declára escomulgados á los médicos que murieron ejerciendo una de las mas meritorias obras de caridad, á los niños que sencillos y cándidos deben á esta hora estar en el cielo orando por sus asesinos?.....

El púlpito que ha resonado en declamaciones contra la Constitución; en anatemas contra los liberales; el púlpito que ha pedido venganza á la Madre Inmaculada del Mesías, comparándola con Judith cuando cortó la cabeza á Holofernes; el púlpito, que ha visto en Miramon á uno de los Macabeos, á Josué y á Moisés ¿no tendrá ni siquiera una censura contra el asesinato? ¿no recordará al pueblo la observancia del quinto precepto del Decálogo? No, porque en vez del Decálogo, de este código promulgado entre truenos y relámpagos por el Señor en las cumbres del Sinái, ha inventado nuevos preceptos, nuevas virtudes y nuevos pecados. El clero ha lanzado del ara al Dios de los cristianos y ha puesto en el santuario sus fueros, sus privilegios y el oro que ha arrancado á los pueblos. Cristo arrojó del templo á los sacerdotes judíos porque lo habían convertido en cueva de ladrones: ¿qué haría con los que lo trasforman en guarida de asesinos?

No es apasionada esta alusion. La guerra civil ha sido comenzada, atizada y mantenida por el alto clero de la República, cuyos tesoros han pagado todos los movimientos reaccionarios y las farsas de gobierno comenzadas por Zuloaga.

Se ha querido encender en el país una guerra de religion, se han querido renovar las cruzadas contra los albigenses, la persecucion de los hugonotes, los crímenes de los Rabaillac y se están palpan-do los resultados: carnicerías como la Saint Barthelémy, hechos inauditos de barbarie, asesinatos tan frios como cobardes, estincion completa de todo sentimiento piadoso, lagos de sangre, retroceso á la barbarie, y por todo esto hay *Te Deum* y misa de gracias!!!

Y los cadáveres de cristianos que han muerto contritos permanecen insepultos, y como en el clero bajo se castigan la piedad y la caridad en medio de estas abominaciones y de esta tiranía, com-

reprobando los asesinatos. Ya dijimos que el médico Portugal era su pariente. Castillo debe hoy estar humillado y avergonzado al ver la clase de gente con que lo unió su defecion al partido liberal.

Se dice tambien que el Sr. Arzobispo comienza á abrir los ojos, y á descubrir la verdad y que ha reconvenido á algunos clerigos que acaudillaron á la plebe para gritar vivas en la entrada triunfal, y apedrear la casaca de Degollado.

parables con el cautiverio impuesto al pueblo escojido por el tirano Sennacherib, no ha habido un sacerdote que recuerde el ejemplo de Tobías, aquel varon insigne que cuidaba de dar sepultura á las víctimas del despotismo, *mortuis atque occisis sepulturam sollicitus exhibebat.* (2)

XII.

Tal es la narracion sencilla de los hechos. Los comentarios son superfluos; las reflexiones inútiles. Un grito universal los condenará, unánimemente donde quiera que latan corazones generosos, donde quiera que haya ideas de humanidad, donde quiera que las palabras justicia, caridad y religion no sean vacías de sentido.

Con razon los asesinos temen la publicidad de sus crueldades. Ya tienen la conciencia de su crimen, ya están aterrorizados por su propia obra, ya comienza para ellos el castigo, ya empieza á roerles el corazon el buitre del remordimiento, aunque el remordimiento en las almas cobardes no sea mas que el miedo.

Por eso Márquez se limita á decir en su parte oficial, que fusiló á Lazcano y á otros oficiales, por eso la prensa conservadora finje aflijirse de que murieran algunos jóvenes apreciables; por eso se ocultan los nombres de las víctimas, y los hombres de la situacion con aire hipócrita y compungido, no quieren que se hable mas del asunto. Y con todo, cuando Márquez supo que Diaz Covarrubias y Mateos eran jóvenes de talento y de génio, dijo: „tanto mejor, estos son los que nos hacen mas mal, y los que debemos quitar de en medio.” ¡Infame espresion que envuelve la proscripcion de la inteligencia, fiel programa del partido que no tiene ni puede tener mas apoyo que la fuerza brutal!

Si los fusilamientos tuvieran la mas leve apariencia de justicia, sus autores no se empeñarian en que los cubriera el velo del olvido, y harian alarde de ellos como de un acto de energía indispensable para robustecer el principio de autoridad. Cuando el juez, en virtud de la ley, condena á un delincuente, da publicidad al crimen para que la sociedad comprenda que va á haber una espacion, no tiembla, no se avergüenza, no oculta el rostro. Pero el que asesina en despoblado, huye, se esconde, finje no conocer á la víctima, y es perseguido por la voz íntima de la conciencia.

Miramon y sus cómplices reconocen su crimen. Su estudiado silencio es su mas elocuente acusacion, y la prueba mas palpable de que sanguinarios, feroces y salvajes como son, temen á la opinion pública.

(2) Lib. de Tob. cap. 1.º

Y por mas que callen no se librarán de la publicidad, no se escaparán del fallo inexorable de la opinion.

Nadie les envidiará sus triunfos, que llenan al país de luto, de llanto y de consternación.

La opinion se ilustrará con estos terribles atentados. Sus cobardes perpetradores son los corifeos de la faccion que se dice restauradora de las garantías individuales, y vierte sangre inocente sin forma de juicio, y reconoce que sus ejecuciones son asesinatos; del bando que se dice restaurador del órden social, y de la moral pública, y quiere apagar todo sentimiento de piedad; del bando que se apellida defensor de la religion, y niega un confesor al moribundo y quiere asesinar los cuerpos y perder las almas, como si no fuera infinita la misericordia de Dios, y su comunión con la criatura no se verificará misteriosamente en el santuario del alma del hombre.

Cuando las revoluciones tienen por móviles, la justicia, el progreso y la libertad, no se ahogan en sangre. El suelo regado por la sangre del inocente y del mártir, no se esteriliza, brota, sí, nuevos adalides, que denodados y auxiliados por el cielo, hacen triunfar la causa de la civilizacion y de la humanidad. La verdad comprimida por el error, ilumina al fin el espíritu del pueblo y se alza magestuosa y serena como se levanta el sol en el horizonte disipando las tinieblas de la noche, como Cristo se elevó de la tumba, quebrantando ligaduras de piedra para ascender glorioso á los cielos!

La contienda actual, al arrojar la turba de asesinos, que forman lo que se llama partido conservador, su hipócrita máscara, al presentarse en su deformé desnudez, pierde todo carácter político; el partido funesto que contrarió la independéncia y sacrificó á nuestros héroes, no quiere mas que *oro y sangre*.

Cuando una comarca es desolada por manadas de bestias feroces, los hombres no se ocupan de opiniones políticas, todos se unen para esterminarlas.

¡Victimas de la ciencia, de la caridad y de la abnegacion, dormid en paz! Vuestros verdugos os han abierto las puertas de la inmortalidad, y han coronado vuestras frentes con la aureola del martirio y de la gloria. Estais ya libres de la opresion; no sufris el sonrojo del abatimiento de la patria; no veis triunfante el crimen, y estais ya en la mansion de la eterna justicia.

Esta justicia ha condenado ya á los verdugos, que no podrán librarse del castigo de su culpa. ¡Malditos serán sobre la tierra que empaparon con la sangre de sus hermanos, á quienes cobarde y alevosamente asesinaron; malditos sobre la tierra, sí, porque aunque huyan de la patria, en el destierro los perseguirán sus remordimientos, y todas las naciones cultas los recibirán con horror y con espanto! No hizo tanto el general Haynan en la guerra de Hungría, y al llegar á Lóndres el pueblo lo apedreó y lo escarneció en memoria de sus iniquidades.

¡Dios Santo!! Tú que amparaste al pueblo mexicano en sus tribulaciones, tú que diste fuerza á su brazo para filiarse entre las naciones soberanas, tú que inspiraste á su primer caudillo la obra sublime de la abolición de la esclavitud, alientalo para que lave la tierra que le diste, y la purifique de las manchas sanguientas que le imprimen sus verdugos. ¡Dios de las naciones! Tú que eres misericordioso y justiciero, alienta, alienta á este pueblo para que recobre sus inalienables derechos, para que asegure su porvenir, para que sea digno de contarse entre los pueblos cristianos que siguen la ley de gracia, traída al mundo por tu Hijo á costa de su sangre!

¡Dios de las naciones! Haz que el crimen tenga espacion; permite que este pueblo se lave del baldón de sus opresores, haciendo reinar la paz, la justicia y la virtud, y haz, por fin, que este pueblo oprimido, quebrante sus cadenas y sea el terrible instrumento de tu justicia incesorable!

¡Ay de los asesinos! ¡Ay de los verdugos! ¡Ay de los modernos fariseos! ¡Malditos serán sobre la tierra que regaron con sangre inocente, con sangre de sus hermanos que vertieron con crueldad y alevosía!!!”

FIN.



NOTA.

Las ejecuciones continuaron en los dias 12 y 13, y segun hemos sabido posteriormente, pasan de cien las victimas que han sucumbido asesinadas á sangre fria despues del combate de Tacubaya.

... en el momento de la redacción de este libro, los autores se hallaban en el extranjero, y por lo tanto no pudieron asistir a la publicación de esta obra. Sin embargo, el pueblo mexicano es suyo, y el autor se siente orgulloso de haber contribuido a su cultura y progreso. Este libro es el resultado de un trabajo arduo y constante, y se espera que sea de utilidad para los lectores que se interesan por la historia y el arte de México.

Los autores se sienten honrados por haber sido aceptados para la publicación de esta obra, y se espera que sea de utilidad para los lectores que se interesan por la historia y el arte de México. Este libro es el resultado de un trabajo arduo y constante, y se espera que sea de utilidad para los lectores que se interesan por la historia y el arte de México.

Los autores se sienten honrados por haber sido aceptados para la publicación de esta obra, y se espera que sea de utilidad para los lectores que se interesan por la historia y el arte de México. Este libro es el resultado de un trabajo arduo y constante, y se espera que sea de utilidad para los lectores que se interesan por la historia y el arte de México.



Las ediciones continuadas en los días 12 y 13 y segun
donos sabido posteriormente, pasan de con la versión que
han suculmido asimismo a seguir las despus del com-
te de T...



